

aparece de cuanto reciben en su seno tenebroso las horas, llenas de misterios... El tiempo es fértil tierra, la naturaleza un todo vivo, y todo es fruto, todo semilla.

EL TERCERO. (*Cayetano.*)—¡Ay, ay del asesino! ¡ay del que sembró germen de muerte! Una cosa es el crimen antes de perpetrarse, y otra después de consumado. Parécete valeroso y temerario, cuando el ánimo está excitado por el sentimiento de venganza; pero en cuanto se comete y se termina, se te presenta como espectro de pálidas mejillas. Las mismas furias infernales agitaban contra Orestes sus horrendas serpientes, y exhortaban al hijo á asesinar á su madre; y, bajo la máscara sagrada de la justicia, lo engañaron artificiosamente, hasta que llevó á cabo su criminal propósito... Pero en cuanto hirió el seno, que lo concibió y alimentó con amor, volviéronse contra él rabiosamente, y conoció entonces á esas vírgenes temibles, que se apoderan del asesino, que nunca lo abandonan, que lo torturan con mordeduras eternas, y que lo persiguen hasta el santuario de Delfos. (Vase el coro, llevándose el cuerpo de D. Manuel.)

ACTO CUARTO.

Salón con columnas. Es de noche. La escena es alumbrada por una lámpara en el techo.

ESCENA PRIMERA.

D.^a ISABEL y DIEGO entran.

ISABEL.—¿No hay noticia alguna de mis hijos, ni se sabe nada de su perdida hermana?

DIEGO.—Nada, señora! pero todo podéis esperarlo de la asiduidad y diligencia de vuestros hijos.

ISABEL.—¿Cuánta, oh Diego, es mi angustia! En mí estaba haber evitado esa desdicha.

DIEGO.—No hagáis penetrar en vuestro corazón el aguijón del remordimiento. ¿Habéis omitido acaso alguna precaución?

ISABEL.—¡Ojalá que la hubiese sacado antes de su retiro, obediendo á la voz poderosa de mi corazón!

DIEGO.—La prudencia os lo prohibía, é hicisteis bien; pero solo Dios sabe lo porvenir.

ISABEL.—¡Ay de mí! ¡No hay alegría completa en este

mundo! Sin este accidente, mi dicha sería sin mezcla alguna de mal.

DIEGO.—Esa dicha no se ha desvanecido, sino se ha aplazado. Gozad ahora de la unión de vuestros hijos.

ISABEL.—Los he visto abrazarse estrechamente... espectáculo jamás conocido en mi vida.

DIEGO.—Y no era abrazo fingido, sino cordial, porque su feanqueza detesta la mentira.

ISABEL.—He averiguado también que son capaces de más tiernos afectos, de inclinaciones más dulces; he descubierto que honran lo que aman. Quieren renunciar á su libertad desentrenada, no sacudir el yugo de la ley, dejándose arrastrar de su impetuosa juventud, y sus pasiones son moderadas y buenas... Te confesaré de buen grado, oh Diego, que yo temía esa explosión de sus sentimientos al tomar esa nueva senda... El amor, en los caracteres violentos, se convierte fácilmente en delirio. Si á los combustibles, ya acumulados, de un antiguo odio, se aplicase esa nueva chispa, la enemiga y terrible de los celos... tiemblo en pensarlo... sus aficiones, que nunca fueron las mismas, ¡si chocaran entre sí por vez primera en este punto!... Pero ¡loado sea Dios! esta nube borrascosa, que amenazaba estallar sobre mi cabeza, fué barrida por un ángel, y mi corazón respira ahora en libertad.

DIEGO.—Sí; regocijaos de vuestra obra. Con vuestra ternura y con vuestra tranquila razón habéis logrado, lo que nunca pudo conseguir su padre con todo su poder... Vuestra es esa gloria, aunque tuvo parte también en ella vuestra buena fortuna.

ISABEL.—Mucho trabajé con ese objeto, y grande fué también mi suerte. No era empresa leve ocultar ese secreto largos años, engañar al más perspicaz de los hombres, y contener en mi corazón los impulsos de la sangre, que, como el fuego comprimido, pugnaba por romper sus lazos.

DIEGO.—Esos favores constantes de la fortuna son prenda para mi del éxito feliz, que coronará al cabo vuestros proyectos.

ISABEL.—No quiero alabar mi buena estrella hasta que llegue el fin de la jornada. Pero aun no duerme mi mal genio, y así me lo advierte la desaparición de mi hija... Condename ó absuélveme, Diego, pero no te lo ocultaré, siéndome tú tan fiel. Me es insoportable esperar aquí ociosa el resultado de la investigación que se hace, mientras mis hijos se ocupan activamente en averiguar el paradero de mi hija. Yo también he trabajado... Cuando los hombres no bastan, el cielo da con frecuencia consejos.

DIEGO.—Declaradme lo que yo pueda saber.

ISABEL.—En las cimas del Etna vive solitario un ermitaño piadoso, llamado desde tiempo inmemorial el Viejo de la montaña, que, como habita en paraje más elevado que los demás hombres errantes por la tierra, ha purificado sus pensamientos terrenales con el aire ligero y sano de las alturas, y desde ellas contempla los años que pasan, y el juego inexplicable y tortuoso de nuestra miserable existencia. No le es extraño el destino de mi familia, y á menudo ha consultado al cielo por complacernos, y nos ha evitado algunas desgracias. Le he enviado un mensajero joven y ligero, para que me dé noticias de mi hija, y aguardo su vuelta de un momento á otro.

DIEGO.—Si mis ojos no me engañan, oh señora, es sin duda ese que corre hacia aquí. Su rapidez es loable.

ESCENA II.

Los mismos y el MENSAJERO.

ISABEL.—Habla: no me ocultes lo malo ni lo bueno; dime la pura verdad. ¿Qué respuesta te ha dado el Viejo de la montaña?

EL MENSAJERO.—Contéstome que regresara cuanto antes, porque la perdida ha sido hallada.

ISABEL.—¡Bienaventurada voz la suya! ¡Santa y grata palabra! Siempre me respondiste lo que yo deseaba. Y ¿a cuál de mis hijos se ha concedido descubrir sus trazas?

EL MENSAJERO.—Su oculto retiro ha sido descubierto por tu hijo mayor.

ISABEL.—¿La debo, pues, á mi hijo Manuel? ¡Ah! Siempre fué para mí un hijo de bendición... ¿Llevaste también al Viejo el cirio bendito, que te entregué, para que se lo ofrecieras, y alumbrara á sus santos? Los dones, que más alegran á los hombres, sólo excitan el desprecio de ese varón piadoso.

EL MENSAJERO.—Callado tomó el cirio de mis manos, y acercándose al altar, en donde arde una lámpara en honor de su santo patrono, lo encendió, prendiendo fuego en seguida á la cabaña, en la cual adoraba á Dios hacia noventa años.

ISABEL.—¿Qué dices? ¿De qué horrores me hablas?

*EL MENSAJERO.—Y gritando por tres veces: «¡Ay de mí!» bajó de la montaña, haciéndome señal en silencio de que ni lo siguiese ni mirase hacia atrás. Y de este modo, lleno de espanto, he corrido hasta aquí.

ISABEL.—Nueva confusión y nuevas dudas mueven en

mi tus palabras; y aunque mi hija perdida haya sido hallada por mi hijo primogénito D. Manuel, no me satisface esa buena nueva, acompañada de actos tan siniestros.

EL MENSAJERO.—Mira detrás de tí, señora. Ya ves cómo se cumple en tu presencia lo anunciado por el santo Ermitaño, porque, ó mucho me equivoco, ó esa es tu hija perdida, que buscabas, formando su séquito el de los caballeros de tus hijos. (Beatriz llega en una litera, traída por el segundo coro, depositándola en el proscenio; está inmóvil y sin conocimiento.)

ESCENA III.

ISABEL, DIEGO, el MENSAJERO, el coro y BEATRIZ.

EL CORO. (*Bohemundo*.)—Obedeciendo á la orden de mi señor, dejamos á tus pies, oh señora, esta doncella... Tal fué su mandato, y que te dijésemos, además, que es Don César quien la envía.

ISABEL (Que se precipita hacia la litera con los brazos abiertos, y retrocede en seguida horrorizada.)—¡Oh cielos! ¡Está pálida y sin vida!

EL CORO.—(*Bohemundo*.)—¡Vive y volverá en sí! Dejadle el tiempo necesario para reanimarse, porque ha sido testigo de sucesos bien extraños, que embargan todavía sus sentidos.

ISABEL.—¡Hija mía! ¡Hija de mi dolor y de mi cuidado! ¿Así nos hemos de ver? ¿Así has de entrar en el palacio de tu padre? ¡Ah! ¡Que tu vida se encienda en la mía! Quiero oprimirte contra mi pecho maternal, hasta que tu corazón sacuda ese frío mortal, y lata de nuevo á mi calor.

(Al coro.) ¡Oh! ¡Habla! ¿Qué cosa horrible ha sucedido? ¿En dónde la encontraste? ¿Por qué viene en tan deplorable estado mi querida hija?

EL CORO. (*Bohemundo*).—No lo sabrás de mi; mis labios enmudecen. Tu hijo César te lo explicará con claridad, porque él es quien nos envía.

ISABEL.—Querrás decir mi hijo Manuel.

EL CORO. (*Bohemundo*).—Tu hijo D. César la envía á tí.

ISABEL. (Al mensajero).—¿No fué á D. Manuel, á quien nombró el Ermitaño?

EL MENSAJERO.—Así fué, señora; tales fueron sus palabras.

ISABEL.—Quienquiera que haya sido, ha llenado mi pecho de alegría. Débole mi hija, y lo bendigo. ¡Oh! ¿Por qué un demonio envidioso ha de amargar este momento feliz, tan ardientemente codiciado? Yo veo á mi hija en el palacio de su padre; pero ella no me ve ni me oye, ni puede corresponder al gozo de su madre. ¡Abríos, amadas niñas de mis ojos! ¡Calentáos vosotras, manos delicadas! ¡Alzate, seno inanimado, y respira!... Diego, esta es mi hija, la que estuvo oculta tanto tiempo, la salvada: lo declaro ahora ante todos.

EL CORO. (*Bohemundo*).—Presiento extraño, y nuevo y horrible suceso, y me confunde cómo se desvanecerá al cabo mi tremenda duda.

ISABEL. (Al coro, atónito y embarazado).—¡Oh! ¡Impenetrables son vuestros duros corazones! Vuestro pecho, cubierto de acero, como los escarpados peñascos del mar, rechaza mi alegría contra mí misma. En vano busco en cuantos me rodean ojos compasivos. ¿Por qué se tardan mis hijos? En ellos despertaré el interés que ansío, porque estoy como cercada de crueles fieras del desierto, ó de monstruos marinos.

DIEGO.—¡Abre los ojos! ¡Se mueve! ¡Vive!

ISABEL.—¡Vive! ¡Que su primera mirada sea para su madre!

DIEGO.—De nuevo cierra sus ojos temblando.

ISABEL. (Al coro).—Retiraos; la asusta vuestro extraño aspecto.

EL CORO. (Que se retira.) (*Bohemundo*).—De buen grado evitaré sus miradas.

DIEGO.—Os contempla con ojos espantados.

BEATRIZ.—¿En dónde estoy? Quiero conocer estas facciones.

ISABEL.—Poco á poco recobra la razón.

DIEGO.—¿Qué hace? Se prosterna de rodillas.

BEATRIZ.—¡Oh rostro angelical y bello de mi madre!

ISABEL.—¡Hija de mi corazón! ven á mis brazos.

BEATRIZ.—A tus pies yace la culpable.

ISABEL.—Te veo de nuevo, y todo lo olvido.

DIEGO.—¡Mirame! ¿Me conoces?

BEATRIZ.—La blanca cabeza del honrado Diego.

ISABEL.—El fiel guardián de tu infancia.

BEATRIZ.—¿Me encuentro, pues, en el seno de los míos?

ISABEL.—Y sólo la muerte podrá separarnos.

BEATRIZ.—¿Y no me alejarás más entre extraños?

ISABEL.—Nada nos separará ya, porque el destino nos deja en paz.

BEATRIZ. (Abrazándola).—¿Y estrecho en realidad tu corazón? ¡Ha sido un sueño cuanto he visto! Una pesadilla, un sueño horroroso... ¡Oh madre! Lo vi caer muerto á mis pies... ¿Cómo he venido aquí? No lo comprendo... ¡Ah! ¡Alabado, alabado sea Dios, que al fin me encuentro en tus brazos! Querían llevarme con su madre la Princesa de Mesina. ¡Antes á morir!

ISABEL.—¡Vuelve en tí, hija mía! La Princesa de Mesina...

BEATRIZ.—No pronuncies su nombre. Al oírlo, frío mortal discurre por mis venas.

ISABEL.—¡Escúchame!

BEATRIZ.—Tiene dos hijos, que se odian mortalmente, y se llaman D. Manuel y D. César.

ISABEL.—Yo soy esa misma. Reconoce á tu madre.

BEATRIZ.—¿Qué dices? ¿Qué palabra has pronunciado?

ISABEL.—Yo soy tu madre, la Princesa de Mesina!

BEATRIZ.—¿Y eres también madre de D. Manuel y de don César?

ISABEL.—Y la tuya. Son tus hermanos.

BEATRIZ.—¡Ay, ay de mí! ¡Horrible revelación!

ISABEL.—¿Qué te sucede? ¿Qué te conmueve tan extraordinariamente?

BEATRIZ (Que, mirando á su redor con ojos extraviados, observa al coro).—Ellos son, sí; ahora lo reconozco! ¡Ningún sueño me engañó!... ¡Ellos son! ¡Estaban allí!... ¡Es la horrible verdad! Desdichados, ¿en dónde lo habéis escondido? (Acércase á grandes pasos al coro, que se aleja; oyése en lontananza una marcha fúnebre.)

EL CORO.—¡Ay, ay de mí!

ISABEL.—¿A quién han escondido? ¿Qué es verdad? Calláis vosotros confusos... Parece que la comprendéis. Leo en vuestros ojos, leo en los acentos entrecortados de vuestra voz algo siniestro que me ocultáis... ¿Qué es? Quiero saberlo. ¿Por qué miráis así á la puerta? ¿Qué sonidos son esos que llegan hasta aquí?

EL CORO. (*Bohemundo.*)—¡Se acerca! Se descubrirá este horrible secreto. ¡Animo, señora; fortaleced vuestro corazón! Soportad con entereza lo que os espera; sufrid ese dolor con ánimo varonil.

ISABEL.—¿Qué se acerca? ¿Qué me aguarda?... Oigo sollozos y mortales gemidos dentro de mi palacio... ¿En dónde están mis hijos? (El primer coro trae el cuerpo de D. Manuel en un féretro, que deposita en la parte libre de la escena. Cúbrelo un paño negro.)

ESCENA IV.

ISABEL, BEATRIZ, DIEGO y los dos COROS.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—La desdicha, acompañada de lamentos, atraviesa las calles de la ciudad... Acecha las habitaciones de los hombres, y hoy llama aquí, mañana allá, sin perdonar á ninguna. Ese mensajero de dolores, de todos aborrecido, más tarde ó más temprano, llega siempre á los umbrales en donde moran los vivos.

SEGUNDO CORO. (*Berenguier.*)—Cuando caen las hojas en el otoño, cuando bajan al sepulcro los ancianos enervados, entonces obedece tranquilamente la naturaleza á sus antiguas leyes, á su orden eterno, y nada hay en esto que espante al hombre.

Pero en esta vida terrestre se ha de aprender también á conocer lo monstruoso. También el asesino rompe con mano aleve el lazo más sagrado, y en la nave de la Estigia también se lleva la muerte al joven en sus años más floridos.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Cuando las nubes se amontonan en el cielo y lo ennegrecen; cuando el trueno hace sonar sus rugidos, entonces, entonces sienten todos los corazones el terrible poder del destino. Teme, por tanto, en medio de tu alegría, la llegada astuta de la desdicha. No te apegues á los bienes, que adornan esta vida transitoria. Quien posee, aprenda á perder su bien, y el feliz á ser desventurado.

ISABEL.—¿Qué voy á oír? ¿Qué oculta este paño? (Se acerca al féretro, y después se detiene temblorosa é irresoluta.) Horrible-

mente me atrae aquí cierta fuerza, y frío y desconocido pavor me repele. (A Beatriz, que se ha colocado entre ella y el féretro.) ¡Déjame! Sea lo que fuere, quiero saberlo. (Levanta el paño mortuario, y ve el cadáver de D. Manuel.) ¡Oh cielos; es mi hijo! (Permanece muda de espanto; Beatriz cae junto al cadáver, dando un grito lastimero.)

EL CORO. (*Cayetano, Berenguer, Manfredo.*)—¡Miser madre! ¡Es tu hijo! Tú misma has pronunciado estas palabras lamentables, no mis labios.

ISABEL. — ¡Hijo mío! ¡Manuel mío!... ¡Misericordia divina!... ¿Así he de encontrarte de nuevo? ¿A costa de tu vida habías de rescatar á tu hermana del poder de sus raptos?... ¿En dónde estaba tu hermano, que no te defendió?... ¡Oh! ¡Maldita sea la mano, que te hizo esta herida! ¡Maldita sea la que ha dado á luz al asesino de mi hijo! ¡Maldita su descendencia!

EL CORO.— ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

ISABEL.— ¿Así me habéis cumplido vuestras promesas, poderes celestiales? ¿Es esta la verdad de vuestras palabras? ¡Ay de aquel que, en su candor, se fía de vosotros! ¿Qué esperar yo, ni qué temer, si había de parar en esto?... ¡Oh! ¡Vosotros, que me rodeáis aterrorizados, que, en mi dolor, hartáis vuestra curiosidad, aprended á conocer las malas artes, hijas de ensueños y visionarios! ¡Creed todavía en los oráculos divinos!... Cuando yo conocí que era madre de esta niña, soñó su padre un día que brotaban de su lecho nupcial dos ramas de laurel... Entre las dos crecía una azucena, que ardió, incendiando á los laureles, y que, extendiéndose, devoró todo el palacio con fuego inextinguible. Espantado de sueño tan singular, pidió su interpretación á un adivino, á un mágico, sabio en magia negra. Este le contestó que, cuando yo diese á luz mi hija, daría ésta muerte á mis dos hijos, y aniquilaría para siempre á su linaje.

EL CORO. (*Cayetano y Bohemundo.*)—¿Qué dices, señora? ¡Ay, ay de mí!

ISABEL.—El padre mandó, por tanto, que la mataran, y yo la sustraje á su suerte fatal... ¡Pobre desdichada! Fué, pues, arrancada del seno de su madre, para que no matase después á sus hermanos, y ahora su hermano muere á manos de salteadores, y no á las de su infeliz hermana.

EL CORO.— ¡Ay, ay, ay de mí!

ISABEL.—La respuesta de un servidor de la idolatría no me inspiraba crédito alguno. Mejor esperanza me animaba. Otros labios, para mí más veraces, me dijeron de esa hija: «que, en ardiente amor, uniría el corazón de mis hijos.» Así se contradecían esos oráculos, llenando de bendiciones y de maldiciones la cabeza de mi hija... No ha merecido esa maldición la desdichada. Tampoco se le dió tiempo bastante para que realizara la bendición. Uno y otro oráculo mintieron. El arte adivinatoria es un arte vano, y los adivinos engañan ó son engañados. Nada se puede saber de lo porvenir, ya se recurra á las fuentes infernales, ya al origen de la luz.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)— ¡Ay, ay! ¿Qué dices? ¡Detente, detente! ¡Refrena tu lengua temeraria! Los oráculos saben y dicen la verdad, y el resultado no tardará en probarlo.

ISABEL.—No refrenaré mi lengua, sino hablaré como mi corazón me dicta. ¿Por qué visitamos las iglesias, y levantamos al cielo nuestras manos piadosas? Locos de buena fe, ¿qué ganamos con nuestra esperanza? Es tan imposible llegar hasta los Dioses, que habitan en lo alto, como con una flecha á la luna. Lo futuro está cerrado á los mortales, y no hay oración, que penetre en el cielo de bronce. Ya vuelen las aves á la derecha ó á la izquierda; que las estrellas estén en esta ó la otra posición, ningún sentido ofrece el libro de la naturaleza. El arte de interpretar los sueños es falso, y falaces todos los signos.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—;Detente, infortunada! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Tus ojos ciegos reniegan de la luz del mediodía. Los Dioses existen. Confíésalo; te rodean, y son temibles.

BEATRIZ.—;Oh madre, madre! ¡Por qué me has salvado? ¡Por qué no me abandonaste á esa maldición, que, aun antes de nacer, me perseguía? ¡Madre imprudente! ¡Por qué te creías más sabia que quienes lo conocen todo, y también á la cadena, que une á lo próximo con lo remoto, y las tardías semillas, que fructifican después? En daño tuyo y mío, en daño de todos, has robado su presa á los Dioses de la muerte, cuando la reclamaban, y lo has hecho criminal é impremeditadamente. Ahora la toman por sí mismos doble y hasta triple. No te agradezco este triste presente; me has conservado para sufrir y para llorar.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*) (Mirando muy inquieto hacia la puerta.)—;Abrios, heridas! ¡Corran, corran y salgan en negros remolinos arroyos de sangre!

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—;Oigo el ruido de férreos pasos, el silbido de las infernales viboras; conozco el andar de las Furias!

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—;Venid á tierra, paredes! ¡Cae, oh umbral, al escuchar sus pasos terribles! ¡Negro vapor sube, sube desde el abismo, exhalando espeso humo! ¡La grata luz del sol se oscurece! Los Dioses, protectores de este palacio, se retiran, y ceden su lugar á las Deidades vengadoras.

ESCENA V.

LOS MISMOS, y D. CÉSAR.

Quando entra D. César, el Coro se divide, y ocupa los dos extremos del teatro, como huyendo de él. D. César se queda solo en medio de la escena.

BEATRIZ.—;Ay de mí! ¡Él es!

ISABEL. (Saliendo á su encuentro.)—;Oh, hijo mío César! ¡Es así como he de volverte á ver?... ¡Mira; considera el crimen, cometido por mano infame! (Lo lleva hacia el cadáver; D. César da algunos pasos hacia atrás, y se oculta el rostro.)

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—;Abrios, heridas! ¡Corred, corred! ¡Brotad en negros remolinos, arroyos de sangre!

ISABEL.—;Tiemblas, y te quedas inmóvil?... ¡Sí; he aquí todo lo que resta de tu hermano! ¡Ahí yacen mis esperanzas!... En germen murió la nueva flor de nuestra paz, y yo no he de ver sus bellos frutos.

D. CÉSAR.—;Consuélate, madre! Lealmente deseábamos nuestra unión, pero el cielo quiso sangre.

ISABEL.—;Oh! ¡Sé que lo amabas! Presencí encantada los tiernos lazos que formabais. Querías llevarlo en tu corazón, y reparar pródigamente los años perdidos. Pero ese sangriento asesinato se ha adelantado á tu fraternal afecto... Ahora ¡sólo puedes vengarlo!

D. CÉSAR.—;Ven, madre mía, ven! No debes estar aquí. Abandona este triste espectáculo. (Quiere llevársela.)

ISABEL. (Abrazándolo.)—;Tú vives todavía! ¡Tú eres ahora mi único hijo!

BEATRIZ.—;Ay de mí, madre! ¡Qué haces?

D. CÉSAR.—Llora cuanto quieras en este pecho fiel. No has perdido á tu hijo, porque su amor existirá perpetuamente en el corazón de César.

PRIMER CORO. (*Cayetano, Berenguer, Manfredo.*)—¡Abríos, heridas! ¡Hablen sus labios mudos! ¡Que en negras oleadas broten torrentes de sangre!

ISABEL. (Tomando las manos de ambos.)—¡Oh, hijos míos!

D. CÉSAR.—¡Cuánto me regocija verla en tus brazos, oh madre! ¡Si es tu hija. Mi hermana...

ISABEL. (Interrumpiéndolo.)—Te doy gracias por haberla salvado, hijo mío. Cumpliste tu palabra, y me la devolviste.

D. CÉSAR. (Admirado.)—¿Quién dices que te he devuelto, madre?

ISABEL.—Tu hermana, la que está delante de tí.

D. CÉSAR.—¿Es ella mi hermana?

ISABEL.—¿Cuál otra puede serlo?

D. CÉSAR.—¿Mi hermana?

ISABEL.—La que tú mismo me enviaste.

EL CORO.—¡Ay, ay, ay de mí!

BEATRIZ.—¡Oh, madre mía!

ISABEL.—Me sorprendo... ¡Hablad!

D. CÉSAR.—¡Maldito sea el día en que nací!

ISABEL.—¿Qué es esto? ¡Dios mío!

D. CÉSAR.—¡Maldito sea el seno que me concibió! ¡Maldito sea tu secreto, causa de todos estos males! ¡Caiga, al fin, el rayo que ha de aniquilarte! Ya no lo detendré más por compasión hacia tí... Yo mismo, sábelo, maté á mi hermano, porque lo encontré refugiado en sus brazos. Esa es á la que amo, la elegida por mi para esposa... encontré á mi hermano en sus brazos... Todo lo sabes ya... Si ella es verdaderamente su hermana y la mía, soy culpable de un crimen, que no podrá expiar arrepentimiento ni pesar alguno.

EL CORO. (*Bohemundo.*)—Ya lo ha dicho, y lo has oído. Sabes ya lo peor, y nada más te queda. Ha sucedido lo que profetizó el adivino. Nadie escapa al hado que le amenaza, y el que se lisonjea de evitarlo con su prudencia, trabaja ignorante en cumplirlo.

ISABEL.—¿Qué me importa ahora que los Dioses mientan ó digan la verdad? Me han hecho el mal más horrible... Los desafío ahora á que me causen mayor calamidad que he sufrido... Quien nada tiene que temer, no los teme. Yace asesinado mi hijo querido, y yo misma me separo del que sobrevivé. No es mi hijo... He dado á luz un basilisco, y lo he amamantado en mi pecho para que mate á mi mejor hijo... ven, hija mía; aquí no debemos permanecer... consagro este palacio á las Furias vengadoras... un crimen me trajo á ella; otro crimen me lleva... Entré en él contra mi voluntad; lo habité con temor, y lo dejo desesperada... y sufro todo esto sin culpa; pero los oráculos tienen razón, y los Dioses son veraces. (Vase seguida de Diego.)

ESCENA VI.

BEATRIZ, D. CÉSAR y el CORO.

D. CÉSAR. (Deteniendo á Beatriz.)—¡Quédate, hermana! ¡No te separes de mí! Que mi madre me maldiga, que esta sangre pida al cielo venganza, que me condene el mundo entero. ¡Pero tú no me maldigas! ¡De tí no podría sufrirlo! (Beatriz mira al cadáver de D. Manuel.) ¡Yo no he matado á tu amante! ¡He asesinado á tu hermano y al mío!... El muerto no es más para tí que el vivo, y yo soy más digno de lástima que él, porque él murió inocente, y yo soy culpable. (Beatriz llora.) Llora á tu hermano, y yo lloraré contigo,

y aun más... te vengaré. Pero no llores al amante. No puedo sufrir la preferencia que das al muerto. Deja que tenga algún consuelo, el último, en el abismo insondable de nuestra desdicha, el de creer que nos igualas á los dos... Porque el conocimiento de nuestro terrible destino equipara nuestros derechos, como confunde nuestro infortunio. Envueltos en el mismo lazo, y todos tres hermanos en la flor de la edad, los tres sucumbimos, y tenemos el mismo triste privilegio á las lágrimas. Pero si he de pensar que tu dolor es más por tu amante que por tu hermano, entonces se apoderan de mi corazón el furor y la envidia, y me abandona mi último y melancólico consuelo. No contento, como quisiera, ofrecería yo la postrera víctima á sus manes; pero tranquilamente se reuniría mi alma con la suya, si llego yo á saber que tú juntarás en la misma urna cineraria sus restos con los míos. (Abrazándola con pasión y con ternura.) Te amaba como nunca había antes amado, cuando eras tú para mí una mujer extraña. Y porque te amaba de un modo indecible, por eso recae sobre mí la maldición de la suerte de mi hermano; mi amor á ti era toda mi culpa... Ahora eres tú mi hermana, y exijo tu compasión, como una deuda sagrada. (Mírala con ansiedad y dolorosa esperanza, y después vuelve de repente la cabeza.) ¡No! ¡no! ¡no puedo ver esas lágrimas! ¡Ante la muerte, me abandona el valor, y la desesperación me desgarrá el alma...! ¡Déjame en mi engaño! ¡Llora en secreto! No me veas más... nunca jamás... Yo no quiero verte, ni á tu madre, porque ésta no me amó tampoco. Su corazón la ha vendido, y su pena la ha descubierto. Lamóle su hijo más amado... Toda su vida ha sido obra del disimulo... Y tú eres falsa como ella. No te domines. Manifiéstame tu horror. No volverás á contemplar mi odioso rostro. ¡Adiós para siempre! (Vase. Ella se queda indecisa, presa de encontrados afectos, y al fin se decide y se va también.)

ESCENA VII.

EL CORO.

EL CORO. (*Cayetano*)—.....
Feliz y digno de aplauso el que pasa la vida en los campos, lejos de esta vida desordenada y tumultuosa, descansando en el regazo de la naturaleza. Porque oprime á mi corazón la pesadumbre de los palacios reales, al considerar que los más altos se precipitan desde la cúspide de la fortuna, y que los mejores desaparecen con la rapidez del rayo.

Y feliz también el que piadoso se arranca de las olas borrascosas del mundo, y se salva á tiempo en la solitaria celda del monasterio, rechazando la punzante ambición y los vanos placeres, y adormece en su pecho tranquilo deseos nunca satisfechos. En el curso arrebatado de la existencia no le embarga el furor violento de las pasiones, y jamás contempla en su pacífico asilo la triste imagen de la humanidad. El crimen y la desgracia no llegan nunca á cierta altura, y como huye la peste de los lugares elevados, se ceba sólo en las infectas ciudades.

EL CORO. (*Berenguer, Bohemundo, Manfredo*).—¡La libertad habita en las montañas! El aliento de las tumbas no se eleva en el aire puro. El mundo es en todo perfecto, mientras el hombre no lo mancha con sus miserias.

(*Todo el coro repite: «La libertad habita en las montañas» etc.*)